

escribió el desdichado, y porque veais, señor, en el término que le tenían sus desventuras, lealde de modo que seais oído, que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dixo Vivaldo: y como todos los circunstantes tenían el mesmo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia.

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO (1).

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mesmo infierno comuniqué

(1) El artificio de esta canción admirable y singular consiste en componerse cada estancia de 16 versos, todos endecasílabos, que, rimando entre sí de un modo nuevo, el penúltimo consuena con el hemistiquio del último.

Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi desseo, que se esfuerza
A decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miseras entrañas.

Escucha pues, y presta atento oído,
No al concertado son, sino al ruido,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvario,
Por gusto mio sale y tu despecho.

El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro (1) de algun monstruo, el agorero

Nótase en ella alguna expresion humilde, y algun verso desmayado; pero puede sin embargo competir con la mejor de nuestros mejores poetas. La misma uniformidad de versificación, sin alternar los versos cortos, manifiesta con mas viveza la pasión de este pastor furioso, que para escarmiento de los que se rinden á la tiranía del amor profano se mató desesperado, consintiendo en privarse del cielo para siempre, segun se insinúa en los dos versos ultimos de la estancia sexta, que dicen así:

*Ofrecere á los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro ó palma de futuros bienes.*

Puede reputarse Cervantes por inventor de este género de canciones: á lo menos esta es diferente de las que compuso el Petrarca, que fue el primero que las escribió, ni la trae Rengifo, ni se halla otra semejante entre las de Boscan, Lope de Vega, Esteban Rodriguez, Faria de Sousa, ni Bernaldez.

(1) Esto es, el rugido, los ladridos y ahullidos de los endriagos, vestiglos y otros monstruos, de quienes se

Graznar de la corneja (1), y el estruendo
 Del viento contrastado en mar instable:
 Del ya vencido toro (2) el implacable
 Bramido, y de la viuda tortolilla
 El sensible arrullar, el triste canto
 Del envidado buho, con el llanto
 De toda la infernal negra cuadrilla,
 Salgan con la doliente ánima fuera,
 Mezclados en un son de tal manera,
 Que se confundan los sentidos todos,
 Pues la pena cruel que en mí se halla,
 Para contalla pide nuevos modos.
 De tanta confusion, no las arenas
 Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
 Ni del famoso Bétis las olivas:
 Que allí se esparcirán mis duras penas
 En altos riscos y en profundos huecos,
 Con muerta lengua y con palabras vivas:
 O ya en oscuros valles, ó en esquivas
 Playas desnudas de contrato humano,
 O adonde el sol jamás mostró su lumbre,
 O entre la venenosa muchedumbre
 De fieras que alimenta el libre llano (3) (x):

oyeron en el castillo espantosos baladros. (Espejo de
 Caballerías. P. I. cap. 19.)

(1) Alusión al vers. 18, de la eglog. I. de Virgilio:

Sæpe sinistra cavá prædixit ab ilice cornix.

Esto es:

*Muchas veces lo pronosticó la agorera corneja desde la
 hendida encina.*

(2) En la pelea, en que disputa con otros el predominio
 sobre las vacas.

(3) Vease la variante x. La noticia de que en las orillas del
 Nilo se crían sabandijas venenosas la adoptó al parecer

Que puesto, que en los páramos desiertos
 Los ecos roncós de mí mal inciertos
 Suenen con tu rigor tan sin segundo,
 Por privilegio de mis cortos hados,
 Serán llevados por el ancho mundo.
 Mata un desden, atierra la paciencia
 O verdadera ó falsa una sospecha:
 Matan los zelos con rigor mas fuerte:
 Desconfierta la vida larga ausencia
 Contra un temor de olvido no aprovecha
 Firme esperanza de dichosa suerte.

En todo hay cierta inevitable muerte;
 Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
 Zeloso, ausente, desdafiado, y cierto
 De las sospechas, que me tienen muerto.
 Y en el olvido en quien mi fuego avivo,
 Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
 Mi vista á ver en sombra á la esperanza:
 No (x) yo desesperado la procuro;
 Antes por extremarme en mi querella,
 Estar sin ella eternamente juro.

¿Puedese por ventura en un instante
 Esperar y temer, ó es bien hacello,
 Siendo las causas del temor mas ciertas?

¿Tengo, si el duro zelo está delante,
 De cerrar estos ojos, si he de vello
 Por mil heridas en el alma abiertas?

¿Quien no abrirá de par en par las puertas

Cervantes del lib. II. de Lucano; y del IX. la propiedad del
 adjetivo llano, por correr este rio por las llanuras de Egipto:

*Non minor hic Nilo, si non per plana iacentis
 Ægypti Libicus Nilus stagnaret arenas:*

*No es menor este que el Nilo (dice el traductor de
 Lucano Martin Laso de Oropesa) si el Nilo no se estendiese
 por los llanos de Egipto, y no hiciere sus estanques por
 las secas arenas de la Libia.*

A la desconfianza, quando mira
 Descubierta el desden, y las sospechas,
 ¡O amarga conversion! verdades hechas,
 Y la limpia verdad vuelta en mentira?
 ¡O en el Reyno de amor fieros, tiranos
 Zelos! ponedme un hierro en estas manos:
 Dame, desden, una torcida sogá.
 ¡Mas ay de mí! que con cruel vitoria
 Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
 Yo muero en fin, y porque nunca espere
 Buen suceso en la muerte ni en la vida,
 Pertinaz estaré en mi fantasía.
 Diré, que va acertado el que bien quiere,
 Y que es mas libre el alma mas rendida
 A la de amor antigua tiranía:
 Diré, que la enemiga siempre mia,
 Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
 Y que su olvido de mi culpa nace,
 Y que, en fe de los males que nos hace,
 Amor su imperio en justa paz mantiene.
 Y con esta opinion y un duro lazo,
 Acelerando el miserable plazo,
 A que me han conducido sus desdenes,
 Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
 Sin lauro ó palma de futuros bienes.
 Tú que con tantas sinrazones muestras
 La razon, que me fuerza, á que la haga
 A la cansada vida que aborrezco:
 Pues ya ves, que te da notorias muestras
 Esta del corazon profunda llaga,
 De como alegre á tu rigor me ofrezco:
 Si por dicha conoces, que merezco,
 Que el cielo claro de tus bellos ojos
 En mi muerte se turbe, no lo hagas:
 Que no quiero que en nada satisfagas,
 Al darte de mi alma los despojos.
 Antes con risa en la ocasion funesta
 Descubre, que el fin mio fué tu fiesta.

Mas

Mas gran simpleza es avisarte desto,
 Pues sé, que está tu gloria conocida
 En que mi vida llegue al fin tan presto.
 Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
 Tántalo con su sed, Sisifo venga
 Con el peso terrible de su canto,
 Ticio traiga su buytre, y ansimesmo
 Con su rueda Egion no se detenga,
 Ni las hermanas que trabajan tanto (1).
 Y todos juntos su mortal quebranto
 Trasláden en mi pecho, y en voz baxa
 (Si ya á un desesperado son debidas)
 Canten obsequias tristes, doloridas
 Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
 Y el portero infernal de los tres rostros (2),
 Con otras mil quimeras y mil monstruos (3)
 Lleven el doloroso contrapunto:
 Que otra pompa mejor no me parece,
 Que la merece un amador difunto.
 Cancion desesperada, no te quejes,
 Quando mi triste compañía dejes;
 Antes, pues que la causa do naciste (3),
 Con mi desdicha aumenta su ventura,
 Aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado

(1) Las 50 hijas de Danao, casadas con otros tantos primos hermanos, que la noche de las bodas, por instigacion de su padre, mataron á sus maridos, menos Hypermenestra, que perdonó la vida del suyo. Por cuyo delito fueron sentenciadas en el infierno á sacar agua con mucha fatiga de la laguna Estigia con cantaros horadados, la qual volviendo á caer en ella, trabajan en vano.

(2) El Cancerbero, perro de tres gargantas, que guardaba las puertas del infierno segun fingieron los poetas.

(3) Esto es, la misma Marcela, que convierte en propia felicidad la muerte del desesperado Grisóstomo.

habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dixo, que no le parecia que conformaba con la relacion, que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de zelos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. Á lo qual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo: para que, señor, os satisfagais esa duda, es bien que sepais, que quando este desdichado escribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros: y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad, que la fama pregona de la bondad de Marcela: la qual fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la mesma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Vivaldo, y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del

fuego, lo estorbó una maravillosa vision, (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué, que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela tan hermosa, que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entónces no la habian visto, la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedáron ménos suspensos, que los que nunca la habian visto. Mas apénas la hubo visto Ambrosio, quando con muestras de ánimo indignado le dixo: ¿vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro despiadado (H) Nero el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino (1)? Dinos presto á lo

(1) Debe decir: *Servio Tulio*, que fue padre de Tulia, y no *Tarquino*, que fue marido. (*Tit. Liv.* lib. I. cap. 46.) Este mas parece descuido del autor, que yerro de la imprenta, ocasionado acaso de la falta de libros que tendria en la carcel.

que vienes, ó que es aquello de que mas gustas, que, por saber yo, que los pensamientos de Grisóstomo jamas dexáron de obedecerte en vida, haré que aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamáron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí mesma, y á dar á entender, quan fuera de razon van todos aquellos, que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan: y así ruego á todos los que aquí estais, me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir una verdad á los discretos.

Hízome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais, decis y aun quereis, que esté obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo, que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama: y mas, que podria acontecer, que el amador de lo her-

moso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir, quiérote por hermosa, hasme de amar, aunque sea feo. Pero puesto caso, que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos: que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad: que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en qual habian de parar, porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos: y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por que quereis, que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decis, que me quereis bien? Si no, decidme, ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo, que me quejara de vosotros, porque no me amábades? Quanto mas, que habeis de considerar, que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la dió de gracia sin yo pedilla ni escogella: y así como la vivora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene,

puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las quales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes, que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean, ¿porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre, escogí la soledad de los campos. Los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lójos. Á los que he enamorado con la vista, he desengañado con palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, el fin (t) de ninguno dellos, bien se puede

decir, que ántes le mató su porfía que mi crueldad. Y si se me hace cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo, que quando en ese mesmo lugar, donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dixé yo, que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura. Y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza, y navegar contra el viento, ¿que mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa: si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora, si será razon, que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel, ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo; ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido, que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por eleccion es excusado. Este

general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho, y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere, á ninguno debe dar zelos: que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déxeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirva, el que desconocida, no me conozca, quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿porque se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿porque ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas: tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero, ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el

cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dexando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos diéron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo qual visto por Don Quixote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería, socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada en altas é intelegibles voces dixo: ninguna persona, de qualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, sopena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y quan agena vive de condescender con los deseos

de ninguno de sus amantes : á cuya causa es justo, que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. Ó ya que fuese por las amenazas de Don Quixote, ó porque Ambrosio les dixo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña entanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dixo, pensaba mandar hacer con un epitafio, que habia de decir desta manera :

Yace aquí de un amador
El misero que por el lado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Muró á manos del rigor
De una esquivia hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio se

despidieron dél. Lo mesmo hicieron Vivaldo y su compañero, y Don Quixote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los quales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradeció el aviso, y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dixo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo, le dexaron, y prosiguieron su camino, en el qual no les faltó de que tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quixote, el qual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la secunda parte (κ).